

«Baltasar»: autobiografía espiritual de Gertrudis Gómez de Avellaneda¹

Por LUIS MARTÍNEZ

Los grandes creadores —novelistas, dramaturgos, cuentistas, etc.— extraen sus criaturas literarias de diversas fuentes. Unos las arrancan de la cantera de la realidad. Otros de su propio subconsciente. Son «los fantasmas» de que nos habla Sábato. Algunos se inmersan en la historia y resucitan a sus héroes. Todos —tengo para mí— se proyectan, un tanto, en sus figuras. Las enfocan a través del prisma de su propio yo. De manera que siempre —de una manera o de otra— hay algo del autor en sus personajes.

«Cada uno de nosotros —dice Rodó en *Motivos de Proteo*— es, sucesivamente, no uno, sino muchos. Y estas personalidades sucesivas, que emergen las unas de las otras, suelen ofrecer entre sí los más raros y asombrosos contrastes.»² A veces el autor atrapa en la maraña de su obra a una de estas criaturas que hay dentro de él y le da vida aparte. Son «los hombres del hombre» a que alude Eduardo Barrios en su novela de este título.

1. Ponencia presentada por el doctor Luis Martínez, Director del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Ponce, en el simposio celebrado en New Paltz, patrocinado por la Universidad de Nueva York, del 26 al 28 de octubre de 1973.

2. Rodó, José Enrique, *Motivos de Proteo*, Madrid, Editorial América, s/f, p. 187.

La Avellaneda³ se asomó a la historia y extrajo a sus héroes Munio Alfonso —su ascendiente—, el décimo Alcaide Toledo, y a Carlos de Viana —*El Príncipe de Viana*— hijo de Juan II de Aragón. Producto de sus pesquisas de esta índole son también *Egilon* —la esposa del último rey visigodo Don Rodrigo— y *Recaredo*, el

3. Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe (hoy Camagüey), Cuba, en 1814. Su padre fue el capitán de Marina don Manuel Gómez de Avellaneda y su madre la linajuda dama principesa doña Francisca de Arteaga y Betancourth. A los nueve años murió su progenitor. La niña sufrió un duro trauma. Diez meses después doña Francisca contrajo nuevas nupcias con el pundonoroso militar don Gaspar de Escalada y López de la Peña.

Gertrudis odió a su padrastro. La vida en el hogar se le hizo difícil. Su madre quiso casarla en plena adolescencia con un anciano acaudalado. Pero Tula se negó. Se refugió en la hacienda de su abuelo. Posteriormente, la muchacha se enamoró de Carlos Loynaz. Pero su íntima amiga, Rosa Carmona, le birló el novio. A consecuencias de los disgustos murió el abuelo. Y la familia, unánimemente, la culpó de la terrible desgracia.

El padrastro le propuso a doña Francisca marcharse para España. A la edad de veintidós años abandonó Gertrudis el terruño nativo. Se instalaron en La Coruña y la vida se le hizo imposible. Se enamoró de Mariano Ricafort. Pero el joven le prohibió que escribiera. La Avellaneda huyó, entonces, con su hermano Manuel, a Constantina de la Sierra —un pueblucho próximo a Sevilla—, la cuna de su padre. Su tía María pretendió casarla con un viejo rico. Ella rehusó. Se marchó a Sevilla. Allí se enredó en amores con el joven Antonio Méndez Vigo. Y cuando, decepcionada, se alejó de él, el pobre muchacho intentó suicidarse.

En Sevilla —poco después— conoció a Ignacio de Cepeda y Alcalde, de prestigiosa familia sevillana. El alma se le encendió en una loca pasión. Cepeda fue su ídolo. Pero él, esquivo y desdenguado, se le acercaba, a ratos, con cariño. Y cuando le sabía el corazón centelleante se alejaba. Cepeda le temía al temperamento ardiente y desbocado de Tula. Rotas las relaciones, Gertrudis se enamoró del poeta Gabriel García Tassara. Con él tuvo una hija —María Brenhilde— fuera del matrimonio. La niña murió a los siete meses de nacida.

Pasó a la capital. Desengañada de los hombres, se casó con don Pedro Sabater, gobernador civil de Madrid. Sabater murió de un cáncer en la laringe a los dos meses y veinte días de la boda. Tula se inmersó en el dolor. Se refugió en un convento. Y, a la salida, se enredó nuevamente en amores con Cepeda. Ignacio, cuando la veía fría y deprimida, la visitaba. Tan pronto como Tula se encrespaba de pasión, el tímido amante se ausentaba. Su dolor fue tremendo. Llegó a exclamar en una carta desesperada: «¿Es que Dios condena el exceso de amor haciéndolo un martirio?» Cepeda se alejó definitivamente y se casó con María de Córdova y Govantes. Tula contrajo, entonces, nuevas nupcias. Se unió en matrimonio a don Domingo Verdugo, gentil hombre de la Cámara del Rey y respetable militar. Los Monarcas apadrinaron el enlace.

Después del estreno de *Baltasar*, Verdugo fue herido por la espalda por un enemigo. Estuvo al borde de la muerte. Decidieron regresar a Cuba. El atildado coronel ocupó la posición de gobernador de Cienfuegos. Poco tiempo después murió en Pinar del Río de una afección pulmonar a consecuencia de las heridas. Tula —viuda y solitaria— regresó a España. Se radicó en Madrid. Y preparó la publicación de sus *Obras Completas*. La muerte la sorprendió el domingo primero de febrero de 1873. A su entierro asistieron solamente once personas.

monarca godo que abjuró del arrianismo para abrazarse al cristianismo.

Buceó en la Biblia y le dio vida dramática a *Saúl* —primer rey de Israel, ungido por Samuel, que derrotó a los amonitas, filisteos, amalecitas y terminó dándose muerte, con su propia espada, después de la batalla de Gelboé— y a *Baltasar* o Nabonid, el último rey de Babilonia. En todos hay algo íntimo y secreto de la autora, facetas de su propio yo. Tula fue muy dada a proyectarse en sus personajes.

*Baltasar*⁴ fue su obra maestra. La última pieza dramática que escribió. Con ella se despidió de la escena española. La estrenó en el teatro *Novedades* de Madrid en abril de 1858. Logró sesenta representaciones consecutivas. Consta de cuatro actos, escritos en versos. La crítica la considera aún una cumbre de la dramaturgia romántica de su tiempo.

La Avellaneda se inspiró en la *Historia Universal* de César Cantú, publicada en 1846, y en la Biblia. Tengo para mí que no leyó ni la *Ciropedia* de Jenofonte, ni la *Historia de la guerra judía*, ni las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo. No era una erudita. Se limitó, sencillamente, a recorrer, con las pupilas asombradas, las páginas del historiador y novelista italiano, diez años mayor que ella.

4. La autora calificó primeramente a *Baltasar* de drama bíblico. Después lo catalogó como un drama oriental. Se desarrolla en Babilonia 600 años a. de C.

Baltasar tiene el mundo a sus pies. Pero nada le llena el corazón. Se debate en medio de un infecundo hastío. Ha entregado las riendas del gobierno a su madre Nitocris y a sus cortesanos.

La Reina, en medio de una fiesta, trae al palacio a Elda, esclava hebrea, sobrina del profeta Daniel y nieta de Joaquín ex rey de Judea. La muchacha es excepcionalmente bella y pura. Está casada en secreto con Rubén. Se hallan todos confinados en Babilonia. Recuerdese que el cautiverio de los judíos, según la Biblia, duró setenta años. Fueron puestos en libertad por Ciro «El Grande», que les permitió volver a Palestina hacia el año 539 a. de C.

Baltasar se enamora de la muchacha. Pero ella lo rechaza. Él le ofrece riquezas y honores. Y, además, el fuego de su corazón. Pero la esclava se resiste. Rubén sale en defensa de su amada. El monarca, al verlo tan valiente —creyéndolo hermano de Elda—, lo perdona. Dicta un decreto para que se levante un templo al Dios de los hebreos. El pueblo se indigna. Pero, cuando el déspota se percató de que Elda y Rubén son esposos, entrega al joven a la furia del populacho. Elda enloquece. Y Rubén muere.

Baltasar celebra esa noche un regio banquete. Liba sacrílegamente en los cálices sagrados del templo de Jerusalén. Una mano misteriosa escribe en la pared, con letras de fuego: «Mane, Thecel, Phares.» El profeta Daniel descifra la terrible sentencia.

En eso anuncian sus cortesanos la invasión de Ciro. *Baltasar* sale a luchar, cuerpo a

Se pasmó, sobre todo, ante los capítulos dedicados a Babilonia —la ciudad más bella del mundo antiguo—, llamada por los comentaristas «la Reina del Asia». Se hallaba rodeada por espesas murallas de cuarenta y cinco kilómetros de extensión. Ciento cincuenta torres cuadradas, con cien puertas de bronce, se erguían —como centinelas— sobre la gran urbe. Las aguas del Éufrates la atravesaban por entre dos muelles de ladrillos como una serpiente de cristal.

Las calles se cortaban en ángulos. Todas conducían a la mansión real. Junto al palacio del monarca se alzaban «los jardines colgantes», considerados como una de las siete maravillas de la antigüedad. Cada pensil se componía de altas terrazas, levantadas sobre pilares, en los cuales crecían árboles raros y corpulentos que parecían desafiar las leyes de la naturaleza.

El constructor de la ciudad fue Nabucodonosor II. A él se debe la reedificación de sus ocho templos principales. Se le conocía con el nombre de El Grande. Su padre —Nabucodonosor I— venció a los medos. Murió en el año 647 a. C. pero fue Nabucodonosor II —que reinó del 605 al 562 A. C.— quien guerreó contra Egipto, cautivó al pueblo de Israel y destruyó el templo de Salomón en Jerusalén. Le sucedió su hijo *Baltasar*. Algunos historiadores dudan de su existencia. Pero la Biblia —en el Libro de Daniel, capítulo V, versículos del 1 al 31— cuenta el final trágico del déspota. El monarca —que según el profeta «no había humillado nunca su corazón»— celebró un gran banquete en su palacio. Asistieron los cortesanos, sus mujeres y concubinas. En medio del festín, el rey libó en los cálices sagrados, robados por su padre del templo de Jerusalén. Inmediatamente una mano misteriosa escribió en el revoco de la pared del palacio real las palabras proféticas *Mene, Thecel, Pharé*. Ninguno de los cortesanos entendió lo que querían decir. Llamaron, entonces, a Daniel —considerado como uno de los más sabios del reino— para que las descifrara. El profeta reveló que *Mene* significaba que «Dios había juzgado su reino y le había puesto fin». *Thecel* o *Tequel*, que al colocar al monarca en la balanza de la justicia, lo había hallado culpable. Y *Pharé* o *Ufarsín*, que su poder se desmoronaría y caería en manos de los medos y persas.

cuerpo, con sus enemigos. Cae herido. Lo traen al palacio. Y muere en los brazos de su madre. Nitocris incedía la mansión real para que los conquistadores encuentren solamente polvo y cenizas.

Aquella misma noche —reza el Antiguo Testamento— murió Baltasar en manos de los invasores, comandados por Darío.⁵ Babilonia, con todo su poderío, se desplomó como un muñeco de barro y de ceniza.

Esto es todo lo que sabía Tula de Baltasar. Devoró una y otra vez las páginas bíblicas y no halló nada más. Se inmersó, con fervor, en los documentos históricos y no halló la lumbre que buscaba. ¿Cómo sería el déspota íntimamente? ¿Qué sentimientos se agazapaban en el arcano de su corazón? Lo intuyó soberbio, orgulloso, descreído y cruel. Pero algo misterioso la acercaba al monarca, vencido y destronado. El mundo, los hombres debieron ser poco para él que tenía la riqueza a sus pies. También para ella el universo le resultaba estrecho y frío. Tal vez, presintiendo esta secreta simpatía, aclara en el prólogo: «Baltasar no es en mi obra un personaje de repugnante odiosidad. He querido pintar en él lo poco que es la más grande alma cuando no la ilumina la fe, ni la fecunda el amor.»⁶

SU CONCEPCIÓN DEL MUNDO

Tula —sin tener un asidero bíblico o histórico para caracterizar a Baltasar— se limitó a proyectarse a sí misma en el personaje. Ella —como él— estaba hastiada del mundo. Confiesa la poetisa en una carta suya a Cepeda: «Me hallo metida en un mundo que desprecio y más sola mi alma que lo ha estado nunca.»⁷ Y, en una epístola anterior, asevera: «Estoy hastiada del mundo; desprecio todos sus oropeles.»⁸ Y, en otra misiva, reitera: «La sociedad me hastía; por un sentimiento de religión lucho contra el desprecio

5. La Biblia dice Darío. La Avellaneda alude a Ciro. El Libro de Daniel reza: «Aquella misma noche fue muerto Baltasar, rey de los caldeos, y Darío, rey de Media, se apoderó del reino a los sesenta y dos años.» La Avellaneda sostiene la tesis de que el monarca murió en la toma de Babilonia por Ciro. Históricamente Babilonia fue conquistada por Ciro en el año 538 a. de C. y por Darío en el 519 a. de C. Algunos historiadores aducen que Ciro apresó a Baltasar. Pero que el rey babilónico vivió hasta la invasión de Darío, en que fue asesinado.

6. Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *Obras dramáticas* (en *Obras completas*) Baltasar, tomo II, Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869, pág. 298.

7. Cruz de Fuentes, Lorenzo, *La Avellaneda: Autobiografía y cartas*, Madrid, Imprenta Helénica, 2.ª edición, 1914, p. 241.

8. *Ibid.*, p. 237.

que me inspiran los hombres, pero no puedo estimarlos.»⁹ Y Baltasar le pregunta a uno de sus cortesanos:

*Mas di, Neregel,
¿No hay nada nuevo en el mundo?
¿No hay más que viejo esplendor?
¿No hay más que pompa gastada?
Placeres que se acumulan
y ni un vil antojo encienden...
¿Hermosuras que se venden
y cortesanos que adulan?»¹⁰*

El monarca —como Tula— tiene un mal concepto del hombre. Interroga:

*Lo mismo que antes han sido
¿no son los hombres ahora?»¹¹*

Y, en una escena posterior, exclama lleno de amargura: «¡Nada hay cierto sino el mal!»¹² Y luego prosigue con su credo desconsolador: «No hay amor, verdad, ventura, / todo es miseria y mentira!»¹³ Y cierra su pensamiento diciendo: «Esta tierra maldita / donde todo se marchita / donde es sarcasmo el placer.»¹⁴ La Avellaneda corrobora esta afirmación en un poema suyo dedicado a Cepeda. Reitera. «Cuanto el hombre en su locura estima / es humo y polvo que dispersa el viento.»¹⁵ E insiste en carta trémula que «éste es un mundo viejo y corrompido».¹⁶

Gertrudis se percata de que no cabe en este universo tan pequeño, hecho de barro y de ceniza. La acongoja su drama íntimo. Revela con los labios llenos de amargura: «Abrumada por el peso de una vida tan llena de todo, excepto de felicidad; buscando lo que desprecio sin esperanzas de hallar lo que ansío, envejecida a

9. *Ibid.*, p. 218.

10. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, p. 328.

11. *Ibid.*, p. 329.

12. *Ibid.*, p. 364.

13. *Ibid.*, p. 365.

14. *Ibid.*, p. 365.

15. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, p. 236.

16. *Ibid.*, p. 130.

los treinta años, siento que me cabría la suerte de sobrevivirme a mí propia, si en un momento de absoluto fastidio no salgo de súbito de este mundo tan pequeño, tan insignificante para dar felicidad.»¹⁷ Y, luego continúa con el pensamiento conturbado: «Estoy cansada de este mundo, de los obsequios, de las calumnias, de la adulación, de la gloria y hasta de la vida. Necesito otro espacio mayor o menor que éste, otra vida de más calma o más agitación. El amor no existe ya para mí. La gloria no me basta.»¹⁸

Baltasar expone los mismos sentimientos. Adivina estrecho el universo que lo rodea. Se siento solo. El amor no lo ilumina. El poder y la riqueza no le bastan. Y exclama:

*¡Dame un poder que rendir!
¡Crímenes que cometer,
venturas que merecer
o tormentos que sufrir!
¡Dame un placer o un pesar
digno de esta alma infinita
que su ambición no limita
a sólo ver y gozar!
Dame, en fin, cual lo soñó
mi mente en su afán profundo,
algo... ¡más grande que el mundo!
algo... ¡más alto que yo!*¹⁹

EL HASTÍO

Baltasar se siente preso por el hastío como la poetisa. Daniel dice que el monarca tiene «el alma por el tedio consumida». Subraya: «No puso Dios en su seno / un corazón bajo, no; / pero temprano agotó / de los vicios el veneno.»²⁰ El autócrata clama dolorido:

*Si quieres vencer
este infecundo fastidio
contra el cual en balde lidio*

17. *Ibid.*, p. 171.

18. *Ibid.*, p. 175.

19. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, p. 328.

20. *Ibid.*, p. 316.

*porque se encarna en mi ser,
¡Muéstrame un bien soberano,
que el alma pueda admirar
y que no pueda alcanzar
con solo extender mi mano...!*²¹

A Tula también la quema el hastío. No es una actitud romántica meramente libresca. Es una característica suya que le aflora desde el hondón del pecho. Confiesa: «Nunca fui alegre y atolondrada como son regularmente los niños. Mostré, desde mis primeros años, afición al estudio y una tendencia a la melancolía.»²² Luego prosigue: «Buscaba la soledad sin saber por qué y sentía un abismo en mi corazón.»²³ Aclara: «Creo que una cierta fatalidad me persigue.»²⁴ Se confiesa a sí misma: «No he nacido para ser dichosa.»²⁵ Se percata que su «melancolía aumenta con los días.»²⁶ Como Baltasar, dice que está «consagrada a una existencia sin goces, ni ilusiones.»²⁷ Insiste en que su «corazón es un sepulcro en que yacen yertas e inmaculadas todas mis esperanzas de ventura.»²⁸ Declara: «Me encuentro extranjera en el mundo y aislada en la naturaleza.»²⁹ Tula se sintió sola como Baltasar. «El abismo de mi alma está siempre sediento y vacío»,³⁰ confiesa ingenuamente. Apunta ya la incomunicación entre los seres. Parece talmente que cada hombre se expresa en un lenguaje espiritual distinto. Habla, en otra misiva, del «vacío profundo de mi pobre corazón.»³¹

El déspota babilónico también se debate en medio de la más tremenda soledad moral. Anda y desanda entre una corte repleta de gente. Pero sus cortesanos no lo comprenden. Se aísla en sí mismo. Vive como en una cumbre. Por eso le dice a Nitocris, su madre:

21. *Ibid.*, p. 328.

22. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, p. 43.

23. *Ibid.*, p. 48.

24. *Ibid.*, p. 59.

25. *Ibid.*, p. 61.

26. *Ibid.*, p. 103.

27. *Ibid.*, p. 134.

28. *Ibid.*, p. 165.

29. *Ibid.*, p. 90.

30. *Ibid.*, p. 236.

31. *Ibid.*, p. 240.

Si es de los reyes herencia
la soledad de esta cumbre,
do no hay un astro que alumbre
la sombra de la existencia...³²

EL DOLOR DE VIVIR: AMOR Y ORGULLO

Tula sintió el dolor de vivir vivamente. Confiesa que siempre se adivinó desgraciada. En una epístola a Cepeda, aclara: «nunca he poseído nada que me satisfaga».³³ Reitera: «Vivo disgustada de mí misma por mi impotencia de ser feliz.»³⁴ Como Teognis, el poeta griego, ella habría podido subrayar que «lo mejor para el hombre es no haber nacido». Y, como Sófocles, en *Edipo en Colona*, y Calderón en *La vida es sueño*, hubiera podido afirmar que «el delito mayor del hombre es haber nacido». Para Gertrudis Gómez de Avellaneda —como para Unamuno— «la conciencia es una enfermedad». Habría podido suscribir con Rubén Darío que «no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo / ni mayor pesadumbre que la vida consciente».³⁵

Igual actitud asume Baltasar. Cuando su madre Nitocris le pregunta: «¿Qué mal sufres?», él responde amargamente: «¡La existencia!»³⁶ De manera que ambos coinciden en lo que hoy llamaríamos la angustia existencial.

Tal vez al monarca, como a Tula, le faltaba un gran amor. Ella tuvo numerosos amoríos: ³⁷ Se casó dos veces.³⁸ Pero el hombre de su corazón fue Ignacio de Cepeda. Y no logró conquistarlo plenamente. También el monarca oriental tuvo numerosas concubinas. Su harén estaba repleto de mujeres hermosas. Pero la única que le iluminó el hondón de su pecho fue Elda, la esclava judía, de ojos negros como luceros y cabellos de ébano.

La Avellaneda tuvo un concepto altísimo del amor. Para ella,

32. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, p. 366.

33. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, p. 198.

34. *Ibid.*, p. 73.

35. Darío, Rubén, *Cantos de vida y esperanza, Lo fatal*, México, Editora Nacional, página 189.

36. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, p. 329.

37. Carlos Loynaz, Mariano Ricafort, Antonio Méndez Vigo, Gabriel García Tassara, por no citar más.

38. La primera, con don Pedro Sabater, y la segunda, con don Domingo Verdugo.

Cepeda fue la concreción del alma sentimiento. La poetisa soñaba —según palabras propias— «hallar sobre esta tierra un corazón melancólico, ardiente, altivo y ambicioso como el mío y darle este exceso de vida que yo sola no puedo soportar.»³⁹ Ignacio fue la encarnación de su ideal. Llegó a deificarlo. Le revela: «Cuando una mujer ama, como yo te amo, no ve un hombre en su amante. No. ¡Es un ángel, un ser divino, en cuya frente cree descubrir el sello de la santidad.»⁴⁰ Y lo corrobora: «No tengo vida sino para amar-te.»⁴¹

También Baltasar, cuando se enamora de Elda, la muchacha judía, la deifica. No le importa que sea una esclava. Quiere que todo el pueblo babilónico entre en el palacio y «en una virgen judía / a mi regia esposa adore».⁴² Su corazón se le transforma. El déspota se ablanda. El indiferente se sensibiliza. Dice con la palabra saltándole de júbilo en los labios: «Siento un placer inefable / al contemplar que amar puedo.»⁴³ Y el pecho de acero se le dulcifica. Perdona a Rubén, su enemigo irreconciliable.

También la Avellaneda, ante su amado, siente que el alma se le esponja de mieles. Pero Cepeda la rechaza. Decide casarse con María de Córdoba y Govantes, dama opulenta y linajuda. Y «la magna Gertrudis» —como la llamó Fernán Caballero— se siente humillada. Su dignidad se encrespa. Su orgullo se desata. Confiesa ella misma en el prólogo de *Saúl*: «Ninguna pasión me parece más fuerte, más infausta.»⁴⁴ La soberbia se le enrosca en el cuello como una serpiente. La misma que llevó a Munio Alfonso —su ascendiente— el décimo Alcaide de Toledo, a matar a su hija Fronilde, por crearla impura, y a Saúl a traspasarse con su espada después de haber asesinado a su propio hijo Jonathus.

Tula confiesa en su poema *Amor y orgullo* que, en su juventud: «altanera, con orgullo vano, / cual el águila real al vil gusano / contemplaba a los hombres».⁴⁵ Pero ahora es distinto. Ahora ama a quien no la quiere y la desdenea. Por eso clama, soberbia, y le dice

39. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, p. 90.

40. *Ibid.*, p. 128.

41. *Ibid.*, p. 123.

42. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, p. 360.

43. *Ibid.*, p. 348.

44. *Ibid.*, p. 211.

45. Gómez de Avellaneda, Gertrudis, *Poesías, Obras completas, tomo I*, Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1869, p. 84.

a Cepeda: «Yo te dominaría con mi cabeza fría; te subyugaría a mi placer; te volvería loco si se me antojase. Guárdate, pues, de enfriar mi corazón y de excitar mi orgullo. Mi voluntad es de aquellas pocas que hallan en su fuerza una omnipotencia terrestre.»⁴⁶ Pero su poder radicaba sólo en las palabras. Y Cepeda la abandonó. Jugó con su corazón como un perrillo faldero con un ovillo. Y Tula —mujer al fin— se limitó a romper a llorar.

También Baltasar fue rechazado. Eldá ama a Rubén, su esposo judío. El tirano trata de atraerla. Le ofrece riquezas y honores y bienes temporales para los suyos. Pero la muchacha se mantiene firme. Y le dice: «Si ambicionas / comprarme la virtud, que es mi tesoro, / no basta de cien mundos todo el oro.»⁴⁷ Y el monarca se exacerba. Su orgullo, pisoteado, se yergue con una furia de león. Se sabe poderoso. «Suyo es cuanto el Éufrates / con su caudal fecunda, / cuanto el Tigris circunda, / cuanto baña el Jordán.»⁴⁸ Tiene todo el mundo a sus pies. Sólo se le niega una criatura feble, pobre, indefensa. Como Tula, Baltasar cree que su poder es omnímodo. Y le grita colérico: «¿Quién mi suprema voluntad no acata?»⁴⁹ Pero Elda —como Cepeda— no se somete. Los poderes materiales se vuelven polvo y ceniza ante una negación del espíritu.

LA PRESENCIA DE DIOS

Tula fue una católica fría. Practicó exteriormente la religión que le habían inculcado sus mayores. Pero, al morir su primer esposo, Pedro Sabater, se encerró en un convento. Hizo largos ejercicios espirituales. Y se acercó a Dios. En carta escrita a Cepeda después de la desgracia le dice: «Siento que mi alma ansía desprenderse de su cárcel e ir a buscar en el Cielo una fuente de eterno amor.»⁵⁰ Comprendió que el cariño de los hombres no le bastaba. Su corazón exigía más. Y se hincó a los pies del Señor en busca de la paz que le había negado el mundo.

Se dio a la meditación. Su conciencia se desveló ante el misterio.

46. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, pp. 209 y 210.

47. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, tomo II, p. 323.

48. *Ibid.*, p. 336.

49. *Ibid.*, p. 337.

50. Cruz de Fuentes, *opus cit.*, p. 155.

Quiso desentrañarlo. Y se abrazó al Creador movida por un callado impulso. También, en epístola a Cepeda, le confiesa: «Es preciso creer que hay algo que corresponde a Él, eterno; como Él, infinito; en fin, amigo mío, que entonces creemos en Dios y buscamos a Dios.»⁵¹

También Baltasar, en su momento final, intuye el secreto de la Divinidad. En medio del festín, con los cortesanos borrachos y las mujeres libidinosas a su alcance, cuando la mano del propio Dios escribe sobre una pared del palacio que su reino terminará, el monarca —ante Elda enloquecida por el dolor de haber perdido a Rubén— exclama: «El Dios que al hombre engrandece, / ése, ése es el verdadero.»⁵² En aquel momento en que los invasores, comandados por Ciro atacan el imperio, él tiene el presentimiento de ese «algo eterno e infinito» que ella apunta.

Tal vez parezca incongruente este final. Muchos se preguntarán: «¿Cómo va a creer Baltasar en el lejano Dios de los judíos si no creyó ni en sus propios dioses? Si desdeñó a Marduk, ¿cómo va a vislumbrar a Jehová?» Este acercamiento a Dios del monarca hace ostensible, cada vez más, los lazos que vincularon a la Avellaneda con Baltasar. La poetisa no quiso que su héroe muriese en la tiniebla. Así como ella, en sus momentos de prueba, abrió sus ojos a la luz del Señor, así debía abrirlos su criatura literaria. Tula era él mismo. Ella, como él —que anheló «algo más grande que el mundo, / algo más alto que yo»—, encontró en Dios el verdadero sentido de la vida, la clave oculta de la existencia en medio del mundo azaroso y amargo que le tocó vivir...

Ponce, Puerto Rico, julio de 1973.

51. *Ibid.*, p. 236.

52. Gómez de Avellaneda, *opus cit.*, tomo II, p. 388.